

peñado dignamente su papel en el mundo, y que aspiraban á una superioridad en nombre de estos recuerdos del pasado sin presentar ningún mérito presente.

En segundo lugar, existían fortunas que habían adquirido con trabajo sus padres, gente honrada y hábil, que tienen esta calidad de agiotistas, lo que no implica falta de otras cualidades estimables. La familia de éstos gastaba siempre lo que el padre había ganado.

En verano marchaban á Saratoga ó á Europa; en invierno volvían á New-York.

La quinta avenida comenzaba á convertirse en la calle de moda. Esta fué la causa de que se construyeran viviendas con fachadas de piedra oscura, todas muy parecidas, tanto en el exterior como en el interior, por el estilo de su mueblaje, mobiliario pesado, dorados, cristales y arañas resplandecientes. El que era muy rico tenía una fachada mayor, más dorados, más cristales y más arañas.

Había un movimiento constante de diversiones, pero sin ninguna variedad y presentando poco interés.

Como es natural, había muchas excepciones, pues existían bastantes viviendas muy bonitas; se hacía una vida social de las más agradables, así como existían en gran número honrados políticos. Había también un considerable número de hombres y mujeres perfectamente organizados para cumplir los grandes deberes de la existencia americana y obtener por ello las más hermosas recompensas.

Pero, considerada en su conjunto, la vida distinguida y política de New-York, en la década que precedió á la guerra civil, ofrece un cuadro más instructivo que atractivo.

CAPITULO XIV

HISTORIA CONTEMPORÁNEA

Crecimiento de la población y límites municipales.—Estalla la guerra civil.—Influencias separatistas.—Renace el lealismo.—Apoyo activo prestado al gobierno federal.—Sublevaciones del reclutamiento.—Sublevaciones irlandesas.—Corrupción política.—Estafa de Bolsa.—El *Tweed-Ring*.—Peligros del sistema político y sus remedios.—Cambios en el carácter de inmigración.—Fuerzas relativas de las iglesias.—Progreso en la arquitectura.—El puente de East-River.—El Parque central.—Clubs.—Edificios públicos.—Instituciones filantrópicas.—*Cooper-Union*.—Celebración del centenario de la Constitución federal.—Ciencia, artes y literatura.—Vida social.—Perspectivas futuras.

En 1860, New-York tenía más de ochocientos mil habitantes. Su población casi se ha duplicado durante los treinta años siguientes.

Si hubieran ensanchado los límites de la ciudad, como ocurrió en Londres y Chicago, de modo que englobara los arrabales, la población se elevaría á cerca de tres millones de almas. Recientemente, la ciudad se ha extendido mucho hacia el Norte, más allá de Harlem, por la anexión de la parte que se llama el distrito anexionado.

El aumento de la riqueza ha seguido paso á paso al de la población. La ciudad es uno de los dos ó tres grandes centros comerciales y manufactureros del mundo,

Los diez años transcurridos entre 1860 y 1870 constituyen la parte más extraña de los anales políticos de la ciudad, á pesar de que este sombrío cuadro esté iluminado por destellos de heroísmo magnífico, de proezas arrogantes, de devoción cívica.

Cuando estalló la guerra civil, la ciudad era, como ha sido siempre desde entonces, la ciudadela del partido democrático del Norte, y desgraciadamente, durante la rebelión, el partido democrático, que contaba con bastantes elementos leales, contaba también con todos los de opuesto sentido. Una victoria de los demócratas, en la sección de voto, casi equivalía á una victoria de los confederados y á un fracaso de la Unión. Un grupo muy considerable y que podía llegar á ser el dominante en el partido demócrata de la ciudad, estaba animado de sentimientos francamente favorables á la separación y manifestaba estos sentimientos con audacia.

Al comienzo de la guerra civil, se hizo de igual modo un esfuerzo para impulsar la ciudad á la rebelión abierta. Los *leaders* demócratas locales de poca significación, al estilo de Isaías Rynders, los vagos brutales y turbulentos que dirigían el populacho y gobernaban la política en los barrios pobres, procuraban franca y ardentemente hacer causa común con el Sur y oponerse al paso de tropas federales á través de la ciudad.

El alcalde, Fernando Wood, proclamó, en Enero de 1861, que la separación era «un hecho consumado», en un mensaje al consejo común, é hizo la proposición de que New-York se retirara de la Unión y se convirtiera en una ciudad independiente con un impuesto puramente nominal sobre las importaciones. La comunidad autónoma había tomado el nombre de *Tri-insula*,

como formada de tres islas, Long, Staten y Manhattan. El consejo comunal, corporación corrompida, tan desprovista de lealtad como el alcalde, acogió con entusiasmo este mensaje y le hizo imprimir y distribuir con profusión.

Pero cuando se tuvo que hacer fuego sobre el fuerte Sumter, toda la corriente cambió de dirección como por arte mágico.

Había en New-York mayor número de hombres honrados que de pillos, pero aquéllos permanecían inertes, egoístas, indiferentes, indecisos, de suerte que los pícaros tenían vasto campo para sus fechorías.

El estampido de los cañones del fuerte Sumter despertaba en el corazón del pueblo una lealtad apasionada. La inmensa mayoría de los demócratas se unió á los republicanos para demostrar por la palabra y los hechos su ardiente y patriótica adhesión á la Unión. Se celebraron concurrísimos mitins; los regimientos enviáronse uno tras otro al campo de batalla.

Fernando Wood, siempre dispuesto á cambiar, obró como era de esperar de su parte.

Se abandonó á la corriente y gritó, con más energía que los demás, que tenía horror á la rebelión.

La ciudad, por mediación de sus hombres más honrados y más valerosos, prometió su fiel y constante apoyo al gobierno de Washington.

El séptimo regimiento de la guardia nacional de New-York, que fué, á no dudar, el mejor de los regimientos de la milicia de los Estados Unidos, fué el primero, en todo el país, en hacer fuego y volver á Washington para protegerlo contra toda sorpresa.

Los unionistas de New-York fueron leales, no sólo en la letra, sino en el espíritu. Aprovechando el ardor

del sentimiento realista, rechazaron asimismo un republicano como alcalde.

Los neoyorkinos ricos fueron los hombres que más contribuyeron á sostener el crédito nacional, mientras que casi todos los jóvenes de carácter que había en la ciudad, iban al ejército. Desde el comienzo de la guerra hasta el fin, la ciudad no dejaba de mandar sus hijos al combate por veintenas de miles. Las tropas proporcionadas por esta sola ciudad hubieran formado un ejército numeroso, y en cien campos de batalla, á través de las pruebas más penosas de largas y monótonas campañas, se conducían con un valor rígido, una austera é inflexible resolución.

Los que por la dureza de la suerte fueron obligados á permanecer en su país, ocupábanse de las necesidades de los que combatían ó de sus viudas y sus huérfanos. La comisión de sanidad, la comisión de distribución y otras organizaciones análogas, que prestaban inapreciables servicios, tuvieron á New-York como punto de partida.

Sin embargo, la misma energía que puso New-York en enviar al combate soldados ciudadanos, la dejó expuesta á un terrible peligro.

Un gran número de extranjeros, y los peores entre la población nativa, habían sido siempre hostiles á la guerra.

Una explosión feroz se produjo al persistir en la ejecución del reclutamiento en Julio de 1863.

La población, compuesta principalmente de extranjeros, y sobre todo de irlandeses, pero reforzada, por toda la canalla de la ciudad, se entregó durante tres días á todos los excesos que han recibido el nombre de rebeliones del reclutamiento. Comenzó por los actos más horribles, dirigiendo sobre todo sus ataques con-

tra los desgraciados negros, de los que un gran número fueron ahorcados ó perseguidos y muertos después de largas torturas. Después atacó diversos establecimientos de caridad destinados á los negros.

Demostró también, en todas las formas posibles, su odio contra el gobierno nacional y todos los que le defendían. Intentó asimismo quemar un hospital lleno de federales heridos. En fin, insultó á todos los funcionarios del gobierno.

Después de haber atacado á los edificios públicos, no tardó en atacar á las propiedades particulares. Quemó, se apoderó de casas de ricos y pobres indistintamente, y en su furor anárquico amenazó á toda la ciudad de una destrucción total; las clases criminales dirigían el movimiento, como siempre ha sucedido.

Buen número de políticos demócratas de infima categoría, para atraerse el favor de la canalla, trataban de detener las medidas que se tomaban para sofocar el desorden; y asimismo el gobernador demócrata, Seymour, personaje estimable, de carácter intachable como hombre privado, pero absolutamente incapaz de elevarse á la altura de los deberes que sometían á una ruda prueba las almas humanas, se abriga para contemporizar detrás de subterfugios, de medidas solapadas, de concesiones. El arzobispo católico romano y los sacerdotes hicieron frente á los sediciosos, los condenaron con más ó menos atrevimiento, según su carácter individual. Pero las autoridades gobernantes, tanto nacionales como municipales, actuaron con intrepidez y energía.

El pueblo americano es de una bondad natural que raya en estúpida indiferencia, pero una vez excitado, obra con la resolución más práctica, la más propia para llegar en derechura á su fin.

Se abrigaba un vivo temor á las tropas de la policía y del Estado, á causa del gran número de irlandeses que en ellas tomaban parte. Se temía su molicie ó su vacilación, pero durante toda la crisis dieron pruebas de tanto valor, de una lealtad tan firme como sus camaradas americanos de nacimiento.

Una de las víctimas más sensibles ocasionada por el populacho, fué la del valiente coronel O'Brien, del 11.º regimiento de voluntarios de New-York. Había dispersado una partida de sediciosos, haciéndoles sufrir pérdidas considerables. Fué sorprendido más tarde por éstos mientras estaba solo, y muerto del modo más feroz y más irritante.

Entre los verdaderos obreros hubo muchos que rehusaron unirse á los sediciosos, á menos de ser violentados por el miedo y alistados á la fuerza en sus filas. Un gran número de ellos formaron espontáneamente tropas armadas y contribuyeron al restablecimiento del orden.

La ciudad estaba desprovista de tropas; todas habían sido enviadas al teatro de la guerra para hacer frente á See, en Gettysburg.

Al principio, la policía fué impotente para contener el populacho.

Se llamaron regimientos y más regimientos á toda prisa, y con su ayuda se trabó en las calles una batalla furiosa. Las tropas y la policía estaban poseídas de cólera. Atacaron á los revoltosos con un saludable deseo de derrotarlos. Muy poco tiempo bastó á las fuerzas que representaban el orden para sofocar la rebelión por un esfuerzo decisivo y para imponer á las gentes de sedición y de desorden una lección que jamás olvidarán.

Los gastos se elevaban á dos millones de *dollars*, y

además se sacrificaron preciosas existencias. Pero más de doscientos sediciosos fueron muertos, lo que constituyó para los que quedaron una admirable lección.

La otra revolución estalló varios años después.

Fué una revolución que tenía un carácter de raza ó de religión.

Las diferentes nacionalidades de New-York tenían la costumbre de organizar desfiles en ciertos días, costumbre absurda y sujeta á muchos inconvenientes.

En esta ocasión, los orangistas hicieron una procesión por el aniversario de la batalla de Bogue, con el despliegue acostumbrado de banderas y pendones, cubiertos de divisas particularmente insultantes para los celto-irlandeses. Estos amenazaron con detener la manifestación, y así lo intentaron, pero se llamó la milicia, y después de una viva y corta refriega, en la que perecieron setenta ú ochenta revoltosos, la chusma fué dispersada.

Durante los últimos veinte años, no han surgido motines graves y no ha habido reuniones que la policía no haya podido dispersar sin ayuda de las fuerzas del Estado.

Las algaradas que han tenido lugar han sido casi invariablemente causadas por huelgas ú otras luchas relativas á la cuestión del trabajo.

Sin embargo, el orden y la tranquilidad que reinan en general, no deben deslumbrarnos, pues existe siempre en medio de nosotros, debajo de la ciudad, «un volcán apagado», como en todas las demás grandes ciudades del mundo occidental.

Este peligro durará fatalmente mientras que los ricos continúen mirando la existencia desde el punto de vista de una loca frivolidad; mientras que otros per-

sistan en seguir la carrera comercial con un espíritu de avidez feroz, con un perfecto desprecio de la justicia; mientras que los pobres sientan, con una sombría cólera, los varios males que sufren, males que aquejan á unos por su culpa y á otros sin ella. Así, pues, ellos, tan sensibles á las injusticias que sufren, no comprenden que es una locura quererlas curar aceptando la dirección de visionarios ignorantes ó de criminales demagogos.

Durante los varios años que siguieron á la guerra, la corrupción política hizo de la ciudad de New-York un infierno de intrigas y pequeñeces que se hizo más imposible durante la alcaldía de Oakey-Hall, elegido en 1869.

El partido democrático tenía la dirección completa del gobierno municipal. La ciudad estaba, pues, á merced de la partida de políticos absolutamente desprovistos de escrúpulos que dirigían este partido, y que, en caso de necesidad, encontraban, entre sus supuestos adversarios del partido republicano, amigos con los que siempre podían contar.

Boletines dobles, cambio de urnas electorales, votos fraudulentos, empadronamientos, violencias é intimidaciones de todas clases en los colegios electorales, hacían de las elecciones una de tantas farsas repugnantes. Las mayorías, que tendían á hacer designar como candidato á la presidencia al demócrata Seymour en 1868, eran las más culpables de los fraudes electorales que jamás conoció ningún país, fraudes que dejaban bien lejos los que aseguraron el triunfo de Polk sobre Clay. Esta época fué también la de las gigantescas estafas de Bolsa.

Los especuladores fabulosamente ricos de Wall Street, en las guerras que entre sí se hicieron y que

hicieron al gran público, hallaron instrumentos dóciles, dispuestos á venderse por dinero, en los políticos del Estado y de la ciudad, en los jueces que estaban igualmente en buenas relaciones con los especuladores, los políticos y la población. Se disputaba continuamente la dirección de las compañías de tranvías, con motivo de «operaciones» de Bolsa tan inicuas que por verdadero milagro los que las llevaban á cabo no caían de bruces en el Código penal, por donde tan infamemente merodearon. Los tribunales y los cuerpos legislativos se hicieron cómplices de iniquidades cometidas por los hombres que componían la más dañosa de las clases criminales, á saber, la clase criminal rica.

Las cosas llegaron á su colmo, gracias á las hazañas del Tweed-Ring (partida de Tweed).

William M. Tweed, el cerebro mejor organizado de los políticos de su partido, tenía asegurado el concurso de un buen número de republicanos locales de la especie más infima.

Era éste un hombre grosero, jovial, inteligente, desprovisto de todo escrúpulo. Organizó todos sus aliados políticos en una asociación gigantesca que sumió la ciudad en el pillaje.

Se robaron cantidades increíbles, particularmente en la construcción del nuevo Tribunal.

Cuando los fraudes fueron descubiertos, Tweed, seguro de su poder, planteó esta cuestión en términos que han pasado á proverbios: «¿Qué es lo que vais á hacer de eso?»

Pero esta época acabó en 1871.

Entonces los ciudadanos respetables se unieron, sin distinción de partido, bajo la presión ejercida por los periódicos, sobre todo por el *Times* y el *Harper's Wee-*

kly; que á la prensa de la ciudad correspondió, en gran parte, el honor de haber contribuido á la derrota de Tweed.

En las elecciones de otoño, los candidatos del Ring fueron vencidos por numerosísimas mayorías.

Los principales malhechores fueron más tarde objeto de persecución, y buen número de ellos fueron encarcelados; Tweed, asimismo, murió en la celda de criminales. Los jueces culpables fueron acusados, y se apresuraron á resignar sus funciones para evitar la acusación.

Durante los veinte últimos años, nuestra política parece haber sido más honrada, más pura, á pesar de que queda aún una masa de corrupción y de venalidad. Existe un verdadero grupo de *heelers*, viles, ignorantes y viciosos, de *ward-workers*, que forman un ejército del mal, sólido, bien disciplinado, conducido por gentes capaces á quienes su habilidad lo hace más peligroso. Cierto que algunos jefes de partido son muy corrompidos; otros no lo son, pero hacen tanto mal como si lo fueran, porque separan la moralidad política de la moralidad privada. Según la frase reciente de un político de relieve, éstos creen que «la purificación de la política es un sueño de colores variables; el Decálogo y los Versos dorados no ocupan lugar alguno en una campaña política».

El cinismo, tan enérgico como vicioso, con que estas gentes miraban la vida política, se lo devuelven bajo la forma de cólera despreciativa todos los hombres fieros de su país y deseosos de su bienestar.

Si á los ciudadanos se les puede llamar la atención y se les habla el lenguaje de la verdad, se puede contar siempre con ellos. Lo malo es que, por lo general, los mercenarios egoístas de la política son los únicos

que vigilan, que comprenden la situación, y, frecuentemente, son recompensados.

La masa de votantes viciosos é ignorantes, y particularmente los de origen extranjero, constituye un arma de dos filos forjada expresamente por ellos, y también una amenaza constante á nuestra prosperidad. La indiferencia egoísta y míope de las gentes honradas no es menos peligrosa.

Sin embargo, en estos últimos años se produjo, entre los hombres de carácter y de situación independiente, un movimiento constantemente creciente en favor de una intervención en nuestra política y un sentimiento más vivo de su responsabilidad. Este fenómeno, desde luego tan saludable, ha sido algunas veces seriamente detenido y falseado por la ignorancia política y el poco juicio de los *leaders* que le dirigían.

Muy á menudo las personas bien educadas que, sin haber sufrido grandes derrotas en su amor propio de políticos, dirigen su atención hacia los negocios públicos, encuéntrase en un estado de ignorancia absoluta acerca del funcionamiento positivo de nuestro sistema gubernamental. En su actitud con respecto á nuestros hombres públicos, oscilan entre una excesiva confianza en su ídolo del momento y una prevención celosa, ignorante, contra aquéllos con que se encuentran en desacuerdo pasajero. Olvidan, por otra parte, que el hombre realmente útil para el mundo es aquel que obra, y no el que critica; es el hombre que se dedica realmente al trabajo, aun cuando lo ejecute de una manera grosera é incompleta, y no aquel que charla ó escribe sobre el modo como este trabajo debería ejecutarse.

Ni el hombre de partido ineducado y rencoroso, ni el hombre independiente ininteligente y rencoroso,

son miembros útiles en el cuerpo político. Es desgraciadamente cierto del uno y del otro que parecen reservar todo lo que tienen de amargura y de odio, no contra el cobarde, sino contra el hombre honrado que difiere de ellos en el punto de vista político.

Y sobre todo, para un hombre joven debe ser un verdadero deshonor no contribuir de una u otra manera al gobierno de la ciudad. El que falta á esto, falta gravemente á su deber para la comunidad.

El carácter de la inmigración hacia la ciudad, se modifica.

Los irlandeses, que hacia el 1860 formaban las tres quintas partes de la población extranjera, fueron sin cesar menguando, hasta el punto de que los alemanes han conquistado un puesto preeminente.

Afluyen allí multitudes cada vez más numerosas de italianos, poloneses, bohemios, judíos, rusos y húngaros, tanto eslavos como magiares.

Los elementos ingleses y escandinavos de la inmigración, han aumentado igualmente.

En la actualidad, las cuatro quintas partes de la población de New-York son de origen extranjero ó hijos de extranjeros, y no ha habido entre ellos sino una débil fusión de razas hasta ahora, aunque la generación joven está en camino de americanizarse de un modo completo.

Es cierto que apenas una décima parte del pueblo pertenece al viejo tronco americano de la revolución.

La Iglesia católica ha continuado acrecentándose en proporción mayor á la de la población en general.

Las iglesias episcopales y luteranas son las únicas iglesias protestantes en las que el crecimiento es paralelo al de la población.

La prosperidad material de la ciudad ha aumentado regularmente.

Hubo grandes progresos arquitectónicos, terminándose en 1883 una obra formidable, grandiosa: el puente sobre el East-River. La imponente y hermosa calle de Riverside (orillas del río), que bordea el Hudson, al pie de las colinas azulosas cuando la vaga niebla de la tarde las envuelve, es también magnífica. Es una de las calles más notables del mundo, y sus edificios hacen de este barrio el más atractivo de New-York.

Otro sitio encantador, es el Parque central.

Se proyecta ejecutar un gran número de construcciones más allá de los límites que la ciudad alcanza actualmente.

Existen buenas sociedades, como el club Knickerbocker, el club de la Unión, el de la Universidad, y otros varios de carácter á la vez político y social, de los cuales el más notable es el club de la Liga Unionista, tanto á causa de su arquitectura como de su influencia política, y del papel importante que ha desempeñado en el pasado.

Un número considerable de edificios públicos son en extremo interesantes como testigos de un desarrollo útil del espíritu público y de una tendencia hacia un género de vida con miras más elevadas que el simple deseo de hacer fortuna. El número de hospitales es enorme; varios de ellos están admirablemente dotados y administrados.

El número de instituciones para proporcionar vivienda á los vendedores de periódicos, de escuelas nocturnas, de clubs para obreros, etc., prueban que New-York emplea el tiempo y el dinero con conciencia de su responsabilidad, á lo que se dedican activamente para ayudar á sus camaradas menos afortunados.

El edificio llamado Cooper-Union Building, donado á la ciudad para el uso común de todos los ciudadanos en su más extenso sentido, perpetúa la memoria del viejo Péter Cooper, hombre del que su gran generosidad, su sencilla bondad, sin dejar de tomar parte en la vida política, en donde muchas veces trató de penetrar, despertó en los neoyorkinos de todas clases una veneración sincera, como no la obtuvo ningún otro filántropo.

Los neoyorkinos no carecen de generosidad y de caridad. Los ciudadanos se sienten vivamente impresionados por toda miseria real, por todo desastre visible. Un huracán en el Dakota, un terremoto en la Carolina del Sur, una inundación en Pensylvania, cualquier otra catástrofe de este género, hacen que New-York suscriba en un día centenares de miles de dollars para socorrer á las víctimas, mientras que, por otra parte, es bastante difícil encontrar dinero para un monumento ó una obra de arte.

Es necesario apelar, al mismo tiempo, al sentido práctico de los asuntos, y remover la pasión seria y el verdadero amor al país, que en todos los ciudadanos duermen bajo la superficie común algo rugosa y no siempre muy atractiva, para obligar á este pueblo á relevar su fuerza real.

Así, pues, no es dudoso que en caso de una importante guerra extranjera ó de graves motines interiores, New-York haría sacrificios ilimitados de hombres y de dinero para sostener el gobierno general del país.

Con la excentricidad de sus habitantes, hay en el fondo de la ciudad un sano espíritu de patriotismo que es preciso despertar. Pocos hombres dudarán de ello entre los que han visto grandes desfiles por tierra y en mar y otras ceremonias con las que se ha celebra-

do el primer centenario de la adopción de la Constitución federal. El inmenso gentío que obstruía las calles demuestra una bondad natural y un espíritu de orden de los más manifiestos, y en estas fiestas tomaron indudablemente una parte que no era la de simples espectadores. Hacen ver, con todos sus actos, que esta fiesta es muy suya, porque conservan en la memoria el siglo que ha tolerado un gobierno que, con todas sus imperfecciones, había, sin embargo, asegurado el orden, y había hecho respetar la ley, permaneciendo siempre como un gobierno popular, donde el obrero tiene distracciones que no se le ofrecen en ninguna otra parte.

En todos los barrios pobres, donde una gran parte de la población era de nacimiento ú origen extranjero, la bandera nacional, estrellada y listada, flotaba en las ventanas, y el retrato de Washington veíase en todas partes donde había sitio para colocarlo. Banderas y retratos atestiguaban que estos hombres, desembarcados en nuestras costas, sentían ya todo el respeto y amor debidos á la memoria del hombre que había contribuido, como ningún otro, á la fundación de nuestro gobierno, y reivindicaban como si fuera cosa propia la nacionalidad, la vida americana, y glorificaban el pasado de la nación, al propio tiempo que proclamaban su confianza en el porvenir.

En la ciencia y el arte, en el desenvolvimiento literario y musical, faltan aún muchas cosas que serían de desear, pero también se ha hecho algo.

La construcción del Museo artístico metropolitano, del Museo americano de Historia Natural, del Teatro metropolitano de la Opera y la transformación gradual del *Columbia-College* en Universidad, todo indica la marcha hacia un estado de cosas que conviertan

la ciudad cada día más atractiva para las personas cultas.

La prosperidad de los clubs literarios y dramáticos, como el Club del Siglo (*Century Club*) y de Actores (*Players Club*), es un síntoma también muy significativo.

Los *magazines* mensuales: *Century's magazine*, *Scribner's magazine*, *Harper's magazine*, ocupan un lugar enteramente original y más elevado en la literatura periódica.

La obra literaria más importante que jamás se haya escrito en América, y quizá en el mundo en estos últimos años, lo ha compuesto un ciudadano de New-York, que jamás fué hombre de letras, sino un general, un ex presidente de los Estados Unidos, que escribió sus memorias sobre su lecho de muerte para salvar á su familia de la miseria. El libro del general Grant tuvo entre el pueblo americano una venta extraordinaria, y hoy mismo los críticos comienzan, aun con trabajo, á reconocer su valor, y no es un elogio exagerado decir que, tanto por su importancia intrínseca, como por su fuerza y su sencillez en cuanto obra literaria, merece colocarse al lado de los discursos y de los escritos de Abraham Lincoln.

La elección que hizo el general Grant, de New-York, para su estancia en los últimos años de su vida, como más tarde lo hizo el general Sherman, prueba que hay una tendencia muy marcada entre los hombres notables de todo el país para venir á habitar esta ciudad.

Nada hay en los Estados Unidos que se asemeje á la centralización social ó política que se observa en la mayor parte de los Estados europeos. Ninguna de nuestras ciudades pretenderá ocupar, entre las demás,

un lugar comparable á aquellas que ocupan en sus países respectivos Londres, París, Viena ó Berlín.

Existen en los Estados Unidos diez ó doce ciudades donde cada una de ellas desempeña el papel de una capital social, comercial, pero rara vez de una capital política, de una región tan extensa como la mitad de los Estados de Europa. No hay ninguna de estas ciudades que esté en una situación puramente provincial con relación á otra.

En cuanto á la capital política del país, la hermosa ciudad de Washington tiene un lugar aparte con la vida atractiva y única que ella posee como propia.

No hay, por consiguiente, ninguna causa para que New-York ocupe una posición indiscutible de ciudad directora, cualquiera que sea el punto de vista desde el cual se la considere.

Sin embargo, la vida allí es tan intensa, tan variada, tan rica en perspectiva del porvenir, que ejerce una fascinación particular sobre todos los hombres ambiciosos y de gran perspicacia, cualquiera que sea el género del negocio, ya que quieran gozar del fruto de su existencia pasada, ya que tengan su fortuna por hacer y se sientan capaces de nadar en las turbias aguas, porque los débiles tienen poca probabilidad de abrirse camino y llegar á primera fila, luchando contra la marea turbulenta de nuestra ciudad.

Lo cierto es que, todo hombre capaz de ganarse el pan que come, ve abrirse ante él, en New-York, una carrera indefinida para llegar á ser útil y sacar partido de sus facultades.

En cuanto á lo selecto del mundo social, del mundo distinguido, resulta muy semejante á la descripción que se encuentra en los *Poliphar's Papers*, con la diferencia de que ha adoptado á Londres en lugar de

París, como santuario, al cual aporta su tributo cómico, pero sincero. Quizá esto sea mejor, porque es menos provincial y de un tinte algo más americano. Pero una sociedad selecta que no tuviera otra base que la riqueza y en la cual un hombre de algún valor en la vida nacional, ya en política, ya en literatura, sería la excepción y no la regla, sería de toda necesidad radicalmente defectuosa y de escasa influencia.

Terribles peligros nos aguardan en el porvenir, pero tenemos más motivos para esperar que llegaremos al fin que nos proponemos que para temer una caída. Cuando se piensa en la masa enorme de inmigrantes que nos llegan desprovistos de toda experiencia de una forma cualquiera de *self-government*, masa que se ha mezclado entre nosotros, y que hoy mismo no está todavía asimilada, no asombra que el sufragio universal haya funcionado tan mal, sino que haya funcionado tan bien. Somos bastante peores que lo éramos hace una generación. Hay mucha más corrupción cívica y comercial, más egoísmo é inmoralidad sociales, y á todo esto, el honor nos obliga á hacer una guerra activa y sin cuartel. Pero la honestidad y la sana moral vencen, las leyes hacen respetar el orden y asegurar á todos la vida, la libertad y la dignidad.

Los hijos y los nietos de los inmigrantes de hace cincuenta años son hoy, en su mayoría, buenos americanos, y han prosperado maravillosamente, desde el punto de vista moral y material.

No hay fuertes razones para creer que la situación de las clases obreras haya en conjunto empeorado, si bien existen entre ellas grupos cuya situación es sin duda muy mala.

Hay graves peligros sociales que arrostrar; pero

hay gran número de hombres y de mujeres honorables que sacrifican su inteligencia y su energía para afrontarlos.

Con todos sus defectos y debilidades, muchos y graves, la mitad de los neoyorkinos está dotada de valentía, de energía, de aptitud para los negocios, de una gran generosidad acompañada de un carácter práctico y de un sentido común perspicaz y humorista.

La tiranía rapaz de los ricos sin escrúpulos, y la violencia enérgica de los viciosos y de los ignorantes, son siempre amenazadores peligros. Tenemos conocimiento de los que se ciernen sobre nuestras cabezas, y sabremos evitarlos, con tal de que cada uno de nosotros, trabajando en la medida de sus fuerzas, cumpla con gran honradez y sinceridad la parte que le corresponda de los deberes esenciales que impone la ciudadanía americana.

FIN

LIBRERIA ORIENTALISTA,
ZADORA Nº 53.-MEXICO, D. F.